

Buen siervo, mal patrón: La visión cristiana del dinero

// Estamos Contigo

Introducción: Reflexión sobre el dinero en el mundo actual

El programa de radio y televisión «Estamos Contigo» nace con el propósito de compartir con los demás y ofrecer alimento tanto para el alma como para el cuerpo. A lo largo de los años ha buscado transmitir enseñanzas espirituales dentro de la gracia de Dios y reflexionar sobre temas que afectan profundamente a la sociedad, entre ellos la economía y el dinero.

En el mundo actual parece que todo gira alrededor del dinero. Muchas tensiones, conflictos y guerras encuentran su origen en la avaricia y en el amor desmedido por las riquezas. Por esta razón se recuerda una advertencia espiritual importante: el amor al dinero puede convertirse en la raíz de muchos males cuando ocupa el lugar que corresponde a los valores espirituales.

Diferentes concepciones religiosas sobre el dinero

Dentro del ámbito religioso existen distintas posturas respecto al dinero. Una de ellas es la concepción puritana, que considera que el dinero es algo casi diabólico y que debería evitarse completamente. Sin embargo, incluso algunos líderes que defienden esta visión mantienen reservas económicas o aceptan donaciones.

En el extremo opuesto se encuentra una corriente que afirma que los hijos de Dios deben ser necesariamente ricos. Algunos predicadores han promovido esta idea prometiendo prosperidad material a quienes sigan sus enseñanzas. Este enfoque ha logrado atraer a muchas personas, pero también ha generado confusión sobre el verdadero propósito de la fe.

La enseñanza presentada en el programa recuerda que el dinero puede ser necesario y útil, pero no debe convertirse en el centro de la vida espiritual. Puede servir para hacer el bien, ayudar a los necesitados o sostener obras justas, pero cuando domina al ser humano se convierte en un mal patrón.

El dinero como siervo y no como dueño

Una idea clave es que el dinero puede ser un buen siervo, pero un mal patrón. Esto significa que el dinero es simplemente una herramienta que puede usarse para fines buenos o malos, dependiendo de la intención de quien lo administra.

Con dinero se pueden salvar vidas, alimentar a niños o ayudar a quienes sufren. Pero también puede utilizarse para causar daño o promover injusticias. Por eso el problema no está en el dinero en sí mismo, sino en la actitud de las personas frente a él.

A lo largo de la historia la relación con el dinero ha cambiado. Hace siglos lo fundamental era la tierra y los recursos naturales que permitían alimentarse y vestirse. En muchas comunidades se practicaba el intercambio directo de bienes sin necesidad de moneda. El dinero es una invención humana que facilita el comercio, pero no define el verdadero valor de la vida.

Jesús en el templo: una lección sobre prioridades

El Evangelio relata un episodio significativo de la infancia de Jesús cuando, a los doce años, fue al templo de Jerusalén con sus padres durante la fiesta de la Pascua. Después de la celebración, Jesús permaneció en el templo sin que sus padres lo supieran, y fue encontrado tres días después conversando con los doctores de la ley.

Todos los que lo escuchaban se maravillaban de su sabiduría y de sus respuestas. Cuando María le preguntó por qué había hecho eso, Jesús respondió que debía estar en los asuntos de su Padre.

Esta respuesta muestra una enseñanza profunda: incluso desde joven, Jesús comprendía que su misión estaba ligada a la voluntad divina. Su prioridad no era seguir únicamente las expectativas humanas, sino cumplir el propósito espiritual para el cual había venido.

Los verdaderos negocios de Dios

Cuando Jesús habló de los «negocios de su Padre», no se refería a actividades comerciales, sino a la misión espiritual de transmitir la verdad, la sabiduría y la salvación.

Los negocios de Dios consisten en enseñar lo que realmente tiene valor eterno, aquello que no puede comprarse con dinero. La salvación del alma, la liberación espiritual y la transmisión de la verdad son los tesoros que Dios ofrece gratuitamente a quienes los buscan con humildad.

Un alma humana, según esta enseñanza, tiene más valor que todo el mundo material. Por eso Jesús envió a sus discípulos a «pescar hombres», es decir, a llevar el mensaje de salvación a las personas.

La parábola de los talentos y la responsabilidad humana

Otra enseñanza importante relacionada con la economía aparece en la parábola de los talentos. En ella, un señor entrega diferentes cantidades de dinero a sus siervos antes de partir. A uno le da cinco talentos, a otro dos y a otro uno.

Los primeros dos siervos invierten y multiplican lo recibido, mientras que el tercero esconde su talento por miedo. Cuando el señor regresa, felicita a los que produjeron frutos y reprende al que no hizo nada con lo que se le había confiado.

Esta parábola enseña que cada persona recibe dones y capacidades diferentes. Algunos reciben más y otros menos, pero todos tienen la responsabilidad de desarrollar y multiplicar lo que se les ha dado.

Los talentos no representan solamente dinero, sino también habilidades, oportunidades y dones espirituales que deben utilizarse para el bien.

La administración responsable de los recursos

La enseñanza espiritual afirma que todos somos administradores. Ya sea en el hogar, en el trabajo o en el ministerio, cada persona gestiona recursos que en última instancia pertenecen a Dios.

Por esta razón se insiste en la importancia de la honestidad y la integridad. La Biblia advierte sobre el peligro de la corrupción y recuerda el ejemplo de Judas, quien administraba las ofrendas pero robaba de la bolsa.

La administración justa exige actuar con temor de Dios, sin aceptar sobornos ni cometer injusticias. Cuando los líderes

son corruptos, el pueblo sufre; pero cuando gobiernan con justicia, la sociedad puede prosperar.

La economía divina y la multiplicación de recursos

El Evangelio también muestra ejemplos de una economía basada en la fe y en la providencia divina. Uno de los relatos más conocidos es la multiplicación de los panes y los peces, cuando Jesús alimentó a miles de personas con solo cinco panes y dos peces.

Los discípulos se preocuparon porque parecía imposible alimentar a tanta gente con tan pocos recursos. Sin embargo, Jesús tomó lo que tenían, lo bendijo y lo multiplicó hasta que todos comieron y quedaron satisfechos.

Esta historia enseña que cuando lo poco que tenemos se entrega a Dios, puede convertirse en algo mucho mayor. La lógica humana suele ser matemática y limitada, pero la economía divina se basa en la fe y en la generosidad.

La economía del amor y la generosidad

La economía del Reino de Dios se fundamenta en el amor y la generosidad. Dar no significa simplemente perder algo, sino sembrar para el futuro.

Las Escrituras enseñan que quien siembra generosamente también cosechará generosamente. Dios ama al dador alegre, aquel que comparte con libertad y no por obligación.

En este sentido, la verdadera riqueza no está en acumular bienes, sino en ayudar a otros, alimentar al hambriento, vestir al necesitado y practicar la justicia.

Buscar primero el Reino de Dios

La enseñanza central es confiar en la providencia divina. En lugar de vivir preocupados por las necesidades materiales, Jesús enseñó a buscar primero el Reino de Dios y su justicia.

Cuando las prioridades espirituales ocupan el primer lugar, las demás necesidades encuentran su lugar adecuado. Esta confianza en Dios permite vivir con libertad frente al dinero y utilizar los recursos de manera justa y generosa.

El Reino de Dios no es algo distante o inalcanzable. Según esta enseñanza, está dentro de cada persona y debe buscarse cada día mediante una vida de fe, justicia y amor hacia los demás.